



Foto: El Día de Córdoba

Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, 1945) ha publicado seis libros de relatos –*Mi hermana Elba*, *Los altillos de Brumal*, *El ángulo del horror*, *Con Agatha en Estambul*, *Parientes pobres del diablo* y *La habitación de Nona* (Premio Nacional de Narrativa 2016 y Premio de la Crítica 2015) –, dos novelas –*El año de Gracia* y *El columpio*–, una obra de teatro –*Hermanas de sangre*– y un originalísimo libro de memorias narradas, *Cosas que ya no existen*. Su obra está traducida a diez idiomas. Bajo el seudónimo de Fernanda Kubbs publicó *La puerta entreabierta*.

El corazón de las ficciones

Cristina Fernández Cubas sigue fiel a su mundo narrativo en 'La habitación de Nona'
Carlos Pardo (El País, 2015)

Han pasado casi diez años desde su anterior libro de cuentos, *Parientes pobres del diablo* (2006), pero los lectores de Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, 1945) enseguida comprobarán que la autora sigue fiel a su mundo narrativo. Además de por el título (cómo no acordarse de su debut en 1980 con *Mi hermana Elba*), en *La habitación de Nona* uno encuentra un aire de familia: narradoras femeninas, muchas veces en el final de la infancia o en el inicio de un despertar al mundo, un mundo cercano y de “cámara” (es decir, de habitaciones y de pocos personajes familiares) y un estilo tan luminoso que destaca, por contraste, el motor de la escritura de Fernández Cubas, su aproximación a lo siniestro. En sus relatos, y singularmente en este libro (una perfecta introducción a su obra), acompañamos a los

2017-2018

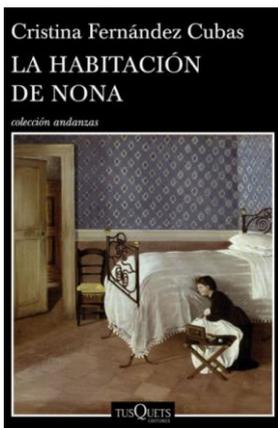


personajes en una labor casi detectivesca. Quieren orientarse en circunstancias que, a pesar de su sencillez, casi de su banalidad cotidiana, los desbordan.

La autora tiene oído para saber qué decir y qué callar y dosifica la narración sin caer en las trampas con las que muchas veces queremos engrandecer los misterios cotidianos. Aquí el misterio no está al final, esperando un giro un tanto forzado de la trama. El misterio se muestra a las claras casi en la primera frase del relato y cada detalle rompe nuestra inercia de lectores y nos obliga a reordenar un territorio movedido. No regatea ni presupone a un lector menos inteligente que las eventuales narradoras de estos cuentos (de pensamiento ágil aunque a veces no tengan más de 13 años), por eso el misterio aquí es, casi siempre, una burla de las complejas expectativas de los protagonistas y, a la vez, de las nuestras como lectores.

Es reveladora la cita de Einstein que abre *La habitación de Nona*: “La realidad es simplemente una ilusión, aunque muy persistente”. De la permanencia de esa ilusión trata precisamente este libro, de calidad sostenida, pero en el que sobresalen los relatos en los que Fernández Cubas, con gestos mínimos, quita las dos patas en las que se sostiene nuestra realidad: la memoria y el lenguaje. Así, en el relato que da título al conjunto, la narradora quiere explicar su vida con su hermana Nona, una niña “especial”, “diferente” (en una interesante poética del eufemismo), y lo que comienza como una

historia de celos y envidias entre hermanas termina siendo un manual de funcionamiento de la memoria para construir la identidad: el grado de elaboración falaz con que ordenamos los recuerdos para darnos sentido. Y aunque nos llamamos el desenlace de este relato, que merece más de una lectura para apreciar otras posibles interpretaciones más o menos literales, también hay aquí un sutil análisis de la envidia, pero de una muy particular, la envidia al pasado propio.



También es sobresaliente, por diversos motivos, El final de Barbro. Por ejemplo, por la maestría con la que se nos muestra que la elección de una voz (el plural de la primera persona de “las hermanas”), además de una postura moral, es un ejercicio de poder.

Y finalmente, dos cuentos que están entre lo mejor que ha escrito Fernández Cubas y que sin perder de vista la persistencia de esa ilusión (la realidad), la abordan desde el corazón de las ficciones, es decir, desde nuestra capacidad de ficcionalizar, verdadera fuerza emancipadora de este libro: Interno con figura, donde una narradora ya abiertamente autobiográfica parte de una écfrasis (descripción literaria de un cuadro, en este caso la obra de Cecioni que Tusquets ha utilizado para la cubierta del libro) para terminar con un emocionante cuento sobre cómo se escriben los cuentos. Y el hermoso Una nueva vida, compendio de varios temas del libro: el despertar a la vida por la ficción, la importancia supersticiosa de la palabra y la relatividad experiencial del tiempo.

La habitación de Nona es un gran libro. Son muchas las lecciones de estos relatos. No sólo son un antídoto contra la mala literatura, sino, sobre todo, contra las malas ficciones con las que damos sentido a nuestra memoria y al mundo.



Cristina Fernández Cubas: “Importa lo que se dice y lo que se oculta”

La gran autora del cuento en español regresa tras ocho años de silencio marcados por la pérdida. 'La habitación de Nona' es un canto a la esperanza y al género

Berna González Harbour (El País)

Como en un buen espectáculo de magia, hay dos maneras de afrontar este libro: la primera es dejarse llevar y disfrutarlo sin más; la segunda es escrutar atento cada movimiento de manos, cada pliegue de la ropa en busca de ese truco que sabes que está, pero que no encuentras. El problema es que algunos no podemos evitar hacerlo de ambas maneras. Aunque —no teman— el efecto es el mismo: el asombro, el aplauso final.

La habitación de Nona es un libro rico y chispeante que trastoca y sorprende, que tensa la distancia entre lo que queremos y lo que tenemos, entre lo que tememos y la realidad. El regreso de Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, 1945) a su medio natural, el cuento, después del silencio en el que la sepultó la muerte de su marido y del que solo salió momentáneamente y con seudónimo, es una buena noticia para la literatura española. Lo hace con soltura, espolvoreando dosis contenidas de misterio y desconcierto, de ternura y crudeza, y jugando al despiste con tal profusión de magia que, sin parecerlo, le da siempre la vuelta (o las vueltas) al planteamiento. ¿En qué momento lo hizo, en qué párrafo, en qué palabra, en qué letra? No se sabe.



Como a un buen mago, hay ganas de preguntarle: “¿Cuál es el truco?”.

Pero es demasiado pronto, demasiado obvio, ella nunca lo revelará. Por eso empezaremos por el principio, o al menos por un buen principio: Edgar Allan Poe.

Allan Poe consideraba el cuento un buen género para crear y transmitir un sentimiento, una “unidad de efecto” en el lector. ¿Y usted? ¿Qué es para usted el cuento?

Yo ya no lo sé (ríe), me siento como el conductor que va metiendo marchas sin pensar, pero el cuento tiene mucho de misterio y es a la vez un género misterioso por excelencia. El lenguaje del cuento es como el de la tribu de los wasi-wanos de mi libro: tiene tanta importancia lo que se dice como lo que se oculta.

¿Se siente miembro de una secta?

Sí, miembro de una hermandad, y eso me gusta. Es un género no despreciado, pero sí desconocido. Mucha gente cree que es un meritoriaje, como el corto que haces mientras esperas la oportunidad de hacer el largo, pero no es así. Me fascina.



¿Por qué ha costado tanto en España, frente a la tradición en toda América?

Ha costado, aunque tenemos maestros excelentes como Emilia Pardo Bazán, por ejemplo. Ahora se ha vencido bastante este prejuicio y el cuento renace, ha despertado.

¿Infidelidad?

Había escrito un par de novelas anteriormente, pero esta vez me inventé un nombre, extranjeriqué mi apellido (Fernández Cubas se volvió Fernanda Kubbs) y cambié de registro. Lo necesitaba porque rompía la verosimilitud que guardo siempre en mis cuentos. La narradora se ve encerrada en una bola de vidente. Era una propuesta totalmente distinta y entendí que si firmaba con mi nombre iba a confundir a los lectores. Debía decirles: cuidado, soy yo, pero vamos por otro camino, y por eso firmo Fernanda Kubbs. La verosimilitud es de Cristina y, como tal, cuanto más raro es lo que quieres contar, más verosímil tiene que parecer.



En ese momento estaba superando la muerte de su marido (Carlos Trías, fallecido en 2007) y dejó los cuentos. ¿Con *La habitación de Nona* podemos creer que ha vuelto a su lugar?

He vuelto, creo que he vuelto, he vuelto. Estuve mucho tiempo sin escribir cuentos, ni poder leer, ni cuentos, ni nada, no podía retener. Le ocurre a mucha gente que sufre una pérdida, no es un caso único, y por eso le tengo tanta simpatía a Fernanda Kubbs, porque me permitió salir de esa bola de cristal en la que yo estaba metida y meterme en otra, una de ficción. Tras acabar esa novela supe que podía volver.

Fernández Cubas suele decir que cada cuento sigue un impulso diferente y que cada libro de cuentos es una unidad, una especie de buque en el que cada viajero puede entrar por proa o por popa, colocarse en un puente o a estribor, pero el autor es siempre el responsable de estabilizar la nave. Su nuevo buque lleva un rumbo claro: los buenos siempre podemos ser malos; los cuerdos, locos, y la cámara, ¡alehop!, acaba enfocando algo que no parecía estar ahí. Dos de los relatos además dialogan de tal forma entre sí que el eco de ese juego acaba reverberando largo rato en la memoria del lector.

¿Cuál fue el impulso aquí?

*Cada cuento es muy distinto del otro, pero hay algunas ventanas y pasadizos secretos, como habitaciones distintas de la misma posada. El impulso de *Hablar con viejas*, por ejemplo, es algo que me pasó a mí. Cruzaba la calle París y una viejecita muy amable vestida de flores me dijo: “Niñaaa, es usted tan amaaable de ayudarme a cruzar? [arrastra la a como si leyera un Hansel y Gretel barcelonés]. Es que no distingo los semáforos...”. Me agarró muy fuerte, la acompañé, y en su portal me invitó: “Yo vivo aquí. ¿Quieres subir a tomar algo?”. Yo no subí a aquella casa, pero subí escribiendo y cedí el paso a la joven del cuento que sube, no diré más. Lo inesperado acecha en cada esquina, y por qué no en una casa del Ensanche.*



Tertulias Literarias

¿Todo bueno alberga un malo en su interior?

Nadie lo es todo. Nadie es completamente bueno ni completamente malo, hay grises. Y luego están las circunstancias. En una situación normal, si interviene un elemento ajeno que enrarece la atmósfera, puede ocurrir cualquier cosa.

Mientras leía su libro se produjo el accidente del avión en los Alpes y pensé: ese piloto podría ser su personaje. Una de esas situaciones en las que las cosas se dan la vuelta.

Tendría que pasar mucho tiempo porque lo he vivido mal, ha sido horroroso, pero como cuentista me gusta que los factores se alteren. Yo creo que la cotidianidad no es tan apacible como parece.

En sus cuentos hay madrastra de hoy, hijastras atemorizadas; o una niña con capucha roja que no teme al lobo, sino a sus padres. ¿Escribe para conjurar los miedos?

A veces sí, otras veces no. Puede ocurrir que algún temor o alguna pesadilla se la enjaretas a un personaje y la disfrutas. A mí lo que más me gusta de la escritura es el proceso de escritura. Crees que vas a contar una cosa y puedes lograrlo o no, porque suceden muchísimas cosas en el proceso de escritura. A los personajes les das la palabra y resulta que la utilizan. Naturalmente eres tú el que se la has dado, pero si te has metido en una atmósfera determinada hay un momento en que puedes empezar a seguirles a ellos y olvidarte de lo que tú pensabas escribir para ir por otros caminos. O pararte antes de donde pensabas llegar. O ir más allá. Todo puede ocurrir.



¿Es su proceso en general? ¿No cuadra la realidad con lo que usted ha planificado?

Exacto no. No es un calco. Si fuera un calco, supongo que no me gustaría, siempre hay algo más. Sobre el papel las cosas no son como uno las ha imaginado. Y a mí me gusta mucho la aventura sobre el papel, el viaje.

¿Y qué elige o planifica? ¿La historia, el argumento, los personajes, la sensación, como Allan Poe? ¿A qué se agarra?

El impulso puede venir de muchas cosas, es un chispazo. Estoy muy abierta a las posibilidades que puedan aparecer en cada momento.

¿Vive el cuento como una novela corta, como poesía larga o como algo distinto?

Como cuento. Un género en sí mismo. Con la poesía tiene en común la intensidad, y con la novela, la narrativa, pero es distinto. El cuento es tiránico, no te perdona un párrafo malo; una novela quizá te perdona un capítulo que no esté demasiado bien, pero en un cuento no te puedes saltar una línea. En ella puede haber tal cantidad de información, tal intensidad y concisión que el lector de cuentos es un lector activo al que no le da ningún reparo volver a las primeras páginas. Y a veces el cuento continúa en su cabeza, y eso me encanta.



Ocurre en el juego ya mencionado entre dos cuentos y ocurre en *La nueva vida*, un relato negro y doloroso en el que el pasado invade el presente, o eso parecía hasta que es el presente el que se convierte en invasor molesto. Le cuesta tanto hablar de él que, de forma muy parca, confiesa que lo grabó en un magnetofón en los momentos más duros de su pérdida y necesitó varios años para recuperarlo. Para escribirlo. “Y más no quiero hablar”.

Ese cuento es pura magia, y por eso la pregunta finalmente se abre paso: “¿Cuál es el truco?”.

Ella ríe y calla, como ese buen mago tras la exhibición. O dice algo así como: “No lo sé; si soy una ilusionista, lo hago sin darme cuenta”.

Pero como remate, como bis espectacular tras el cuento negro en el que evoca la pérdida, sitúa el que cierra el libro: *Días entre los wasi-wanos*, una historia que aplaude la vida y la imaginación.

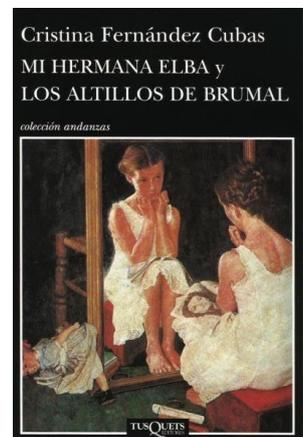
“Es esperanzador. Espero que el lector sepa que siempre nos quedarán los wasi-wanos”.

Y, como los indígenas de su tribu amazónica, Fernández Cubas se marcha dejando las palabras en el aire: las que ha querido decir; y las que ha querido ocultar.

"La habitación de Nona" (reseña)

Isabel Parreño (*Vísperas: Revistas panhispánica de crítica literaria*)

El primer libro de cuentos de Cristina Fernández Cubas, *Mi hermana Elba*, se publicó en 1980. La primera edición apareció en la colección Cuadernos ínfimos, de Tusquets. Lo tengo aquí al lado mientras escribo. Es un librito pequeño, con una ilustración en negro en la portada y un fondo plateado encantador. El papel es tosco y ha amarilleado con el tiempo; era una edición barata. En aquellos años andaba yo frecuentando las aulas de Filología y no podía darme demasiadas alegrías. Pero recuerdo el descubrimiento. Entre los Clásicos castellanos de Espasa, con las hojas sin guillotinar, reinaba Cristina. Y recuerdo la fascinación, la sorpresa de aquellos relatos inexplicables entre los que me sentía más a gusto que en las hazañas del Cid. En la contraportada del libro se lee: “Nos enorgullece presentar con este libro a una auténtica escritora, que se afirma aquí ya no simplemente como una promesa, sino como uno de los tan esperados valores literarios de la década de los ochenta”. En efecto, hay un largo y fructífero camino desde *Mi hermana Elba* hasta *La habitación de Nona* (Tusquets 2015): cinco libros de relatos, dos novelas, una obra de teatro, un libro de memorias, premios y traducciones a más de diez idiomas.



Hubo también una larga ausencia del mundo literario. Ausencia que Cristina Fernández Cubas llenó con el seudónimo de Fernanda Kubbs, según cuenta ella misma, para no traicionar a los lectores ni traicionarse. Su alter ego le permitió reencontrarse con la escritura (*La puerta entreabierta*, 2013) desde una nueva voz y a la vez superar el silencio en que la pérdida de su marido la había depositado desde 2007.



Por tanto, *La habitación de Nona* supone un esperado regreso: el de la escritora al relato breve. Un género que no siempre ha disfrutado en nuestro país de la consideración merecida, a pesar de contar con una rica tradición cuentística desde Pardo Bazán o Valle-Inclán hasta Julio Llamazares o Luis Mateo Díaz, pasando por Aldecoa o Ana María Matute, entre otros. Un género, además, que goza hoy de una excelente salud como muestra la obra de escritores como Eloy Tizón, Hipólito G. Navarro, Mariano Peyrou, Marina Perezagua o Sara Mesa. Lo que convierte a Cristina Fernández Cubas en una pieza excepcional dentro de esta tradición literaria es la capacidad de huir de cualquier etiqueta, la libertad con que transita entre sus convenciones y el talento para mostrar a los lectores otros mundos que, inevitablemente, están en éste.



A menudo sus personajes son el reflejo de las pesadillas más comunes, obsesiones que somos capaces de reconocer y a las que la narradora dota siempre de un desenlace sorprendente. Nada es esperable ni cierto y hasta la cotidianidad más anodina es capaz de esconder un perturbador enigma. La escritura de Fernández Cubas ejerce un curioso efecto hipnótico, seduce desde las primeras líneas, como una ilusionista que ejecutase sus trucos delante de nuestras narices. Sabemos que hay “ilusión”, nos dejamos engañar con placer porque, entre otras cosas, en eso consiste la literatura. Sin embargo, nada es tan fácil. Cuando volvemos atrás –porque volvemos- buscando la costura, palpando el interior de la caja donde ha desaparecido nuestro resabio lector, no encontramos nada. Y no es magia. Rehuyo a menudo las explicaciones volátiles que colocan a la escritura en un ámbito más cercano al esoterismo que al de un oficio agotador, exigente y minucioso. Sólo el dominio de la palabra y de la técnica narrativa son los artifices de la magia. La genialidad de Fernández Cubas consiste en hacerlos invisibles a nuestros ojos.

La perspectiva femenina, a menudo enfundada en potentes y variopintas primeras personas narrativas, implica y envuelve al lector en miradas extrañadas, inquietantes, sobre la realidad y sobre nosotros mismos.

“La habitación de Nona”, relato que da título al libro, arranca con varios de los temas recurrentes en la escritora, la infancia y el otro. El nacimiento de Nona y las especiales circunstancias de su existencia desestabilizan el universo de la protagonista que siente usurpado su lugar en la familia. Comienza entonces la indagación del laberinto de la identidad situando la búsqueda a ambos lados del espejo. El universo infantil, inaprensible y ajeno, dista mucho de ser un paraíso en los relatos de Cristina Fernández Cubas. La comprensión del mundo adulto se convierte en una angustiada tarea, la incomunicación y el aislamiento son metáfora de nuestra propia existencia. Una curiosa relación se establece entre este cuento e “Interno con figura”, también con la infancia como motor de la acción, conectando la observación de un cuadro –que ilustra la portada de esta edición de Tusquets- con la propia escritura del cuento. Delicioso e inquietante juego metaliterario, realidad y ficción que se extiende también a “Días entre los Wasi-Wano”, la narración de lo que prometía ser un verano inolvidable de dos hermanos –la infancia de nuevo- en la casa de sus alocados tíos. Alejarse del orden y de las obligaciones de la casa paterna no resulta tan fácil si lo que te espera es una tribu salvaje e impredecible. Porque las cosas nunca son lo que parecen y en esa grieta de la realidad se cuele la escritora, como en “Hablar con viejas”, un cuento trepidante, cincelado con frases cortas, un flujo



narrativo que partiendo de una anécdota real –una anciana pide ayuda a una joven para cruzar la calle- se adentra en la ficción haciendo posible lo inesperado, la pesadilla más escalofriante.

En “El final de Barbro” ironía, humor y venganza tejen la historia de tres hermanas que creen en peligro su lugar en el corazón de su padre con la llegada de su flamante esposa. Hay en este relato un eco cortazariano –“La casa tomada”- siempre digno de agradecer: el desplazamiento de objetos, la progresiva ocupación de la casa familiar por los nuevos tortolitos arrincona a las hijas en el bar de enfrente donde se gestarán los más despiadados planes de revancha.

He dejado para el final “La nueva vida” el texto, a mi parecer, más emocionante, en el que vibra y se reconoce la materia humana de una forma más desgarrada y melancólica. Lo autobiográfico es uno de sus rasgos más evidentes, característica presente también en otros relatos como ha reconocido la propia escritora. La realidad se planta como semilla de fruto siempre insospechado. “La nueva vida” comienza como una luminosa promesa de superación del dolor, como la aceptación madura de la pérdida del ser amado. El propósito de iniciar una nueva etapa vital guía los pasos de la protagonista por una ciudad diáfana, primaveral, estimulante. Una intersección confusa de acontecimientos la colocan de nuevo en el pasado, en el tiempo que se fue, como si la vida jugueteara con su destino ofreciéndole una segunda oportunidad. Visitar el pasado, como un observador nostálgico, como el que visita a una vieja tía confinada en una ciudad de provincias. Resucitar amores, viajes, sentimientos y sensaciones ¿quién no lo haría si pudiera? Hemos pagado con creces el precio de ese viaje. Cristina Fernández Cubas, al igual que la protagonista de su relato, se presenta ante sus lectores como “una mujer de sesenta, inmóvil frente a un espejo, que a ratos, de vez en cuando, no se encontraba muy bien”.



No puedo sino alegrarme de esta poderosa vuelta de la escritora al género que la colocó en un lugar destacado dentro de la historia de la literatura española. Aunque la realidad, como dice la cita de Einstein que encabeza el libro, no es más que una ilusión, sus lectores nos alegramos de que sea una ilusión persistente.

El miedo cotidiano

Cristina Fernández Cubas, la maestra del relato fantástico en castellano, regresa con un nuevo libro de cuentos casi diez años después de su última incursión en la narrativa breve
Elena Hevia (El Periódico)

La infancia de Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, 1945) transcurrió cuando era aceptable que a los niños se les pudiera contar historias truculentas, relatos de aparecidos antes de irse a la cama. A la autora, su niñera jamás le edulcoró los cuentos, por eso los recovecos y las sombras de su gran casa familiar con un reloj de pie que entre el tic y el tac tardaba un rato, para gran inquietud de Cristina

-«Daba mucho miedo»- acabaron dándole la inspiración que la convirtió en una de las grandes maestras del cuento fantástico en castellano. Desde sus primeros libros *Mi hermana Elba* y *Los altillos*



de *Brumal* -hoy lectura obligatoria en bachillerato-, Fernández Cubas demostró dominar los mecanismos de la desazón.

Su sexto y último volumen de cuentos, *La habitación de Nona* (Tusquets), recién aparecido, es un libro especial, un decíamos ayer, porque pone a la autora, en dique seco durante años, en la buena senda de la escritura, tras el divertimento que supuso *La puerta entreabierta* publicado bajo el seudónimo de Fernanda Kubbs. Un cuento de los seis que forman el libro, *La nueva vida*, refleja sus cuitas de viuda.

-Fernández Cubas conoció muy joven al que sería su marido, el escritor Carlos Trías, y no se separaron hasta la muerte de este en el 2007- y en cierta forma explica su voluntad de salir del pozo creativo. «Más que un exorcismo ante el dolor ha sido la aceptación de este -reconoce-, es el penúltimo cuento del libro porque no quise que lo cerrara. Por eso puse al final el más humorístico, *Días entre los Wasi-Wano*».

Este último relato sobre la curiosa tribu del título entronca con su vieja afición infantil de inventar nuevas razas, costumbres y supersticiones que completasen el álbum de cromos sobre el tema que tenía entonces. «Siempre he tenido deseos antropológicos y este cuento abre un punto de esperanza para mí», dice divertida.

Asegura que no concibe sus libros de relatos como una simple suma. Sabe que tiene que encontrar un orden y una coherencia interna que conduzca al lector por las historias. De ahí que *La habitación de Nona* tenga numerosos caminos que unen secretamente los relatos. «Bioy Casares decía algo con lo que me identifico. Que escribir es añadir una habitación más a la casa de la vida y eso es lo que he hecho yo con mis cuentos. Solo que mis habitaciones tienen altillos, espejos y arcones de doble fondo».

Otro de los cuentos, *Interno con figura*, revela también en cierta forma la cocina literaria de la autora. De cómo utiliza como ingredientes los miedos que ella misma admite haberse creado a partir de lo más cotidiano. Así, una visita a una exposición sobre los macchiaioli -pintores italianos del siglo XIX- en la Fundación Mapfre en Madrid donde quedó fascinada por el cuadro del título, que también aparece en la portada del libro, acabó convirtiéndose en ese desasosegante relato. «El cuadro muestra a una niña extraña frente a una cama enorme que más bien parece la de La princesa y el guisante en una habitación con una puerta entreabierta. Me alteró sin que yo supiera muy bien por qué. Pensé que la niña ocultaba un secreto y que en ese lugar estaba pasando algo». Así funcionan los mecanismos narrativos de Fernández Cubas que quizá podrían resumirse en la cita de Einstein que abre el volumen: «La realidad es simplemente una ilusión, aunque muy persistente».



Fontes:

[Vísperas](#)
[El País \(Babelia\)](#)
[El País](#)
[El Periódico](#)

Fotografías:

El Día de Córdoba
 El hedonista
 El Periódico
 Universidad de León
 Tusquets

[Archivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
 Avenida Rosalía de Castro 227 A
 15172 – Perillo (Oleiros)
 Tfno.: 981 639 511
 Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
 Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>